

La serena claridad en un mundo alarmante

Juan González Soto

Cuán impunemente se está uno muerto es el primer poemario que Wáshington Delgado Tresierra publica en España, a la cual se le debe relacionar a causa de un, no por anecdótico en ningún caso prescindible, vínculo vital: su periplo español, entre 1955 y 1958, en que completó los estudios de Literatura. El poeta que entonces le impresionaba —según él mismo dice— era Pedro Salinas. El poema que inicia *Formas de la ausencia* (1955) se titula “Elegía” y está dedicado al poeta madrileño. Estos versos inician esa elegía: *Ahora sí, qué lentitud estricta, / qué calma sin números, qué gran silencio / para tu voz reunida, / qué existencia sin apoyo en la clara / esbeltez de la ausencia*. Son rotundos el eco de la poesía clásica y el signo de la poesía meditativa.

Formas de la ausencia era un libro de amor, un dulce libro de amor, a la vez que una mirada sorprendida y gozosa hacia la realidad, hacia el mundo. Alguna vez ha confesado el poeta: “Yo lo imité débilmente [a Pedro Salinas] y escribí un primer libro”. Después vendrían más versos: “Escribí un libro que se llama *Días del corazón* [1957], en que ya ni la ausencia ni el amor me ocupan, sino el mundo, la gente”. Es en este poemario cuando ya se ha fraguado la operación que para siempre acompañará a su obra: *Hombres son y mujeres los que alumbran mis ojos / y mi voz está con ellos como el aire en que viven. / No me importa la muerte si es justo el combate. / Por el amor no por el odio he de sobrevivir* (“Héroe del pueblo”). Lo esencialmente significativo es que el poeta imprime junto a la preocupación social un insólito hálito de lirismo. Esta cualidad se afianzará a lo largo de su obra futura: la claridad enunciativa hermanada a la hondura lírica, la preocupación de índole social —tal vez fuera preferible denominarla cívica— vinculada a la indagación de naturaleza filosófica y metafísica. El poeta mira dentro de sí y, a la vez, y sin contradicción, fuera. Un poeta entero: comprometido con su oficio de poeta y comprometido con la realidad en que vive como ciudadano. Aquí radica la más válida razón por la cual sus versos son siempre de una sonoridad auténtica, del insólito valor de lo verdadero. Su retórica se fundamenta y reside en el valor llano y entero de las palabras más sencillas y capaces. “Conocimiento de las cosas” es el título de un poema de ese libro inaugural que es *Días del corazón*. Éstos son algunos de los versos de ese poema: *No conozco la justicia, la belleza / no conozco, ni la vida libre. / Pero estoy en el mundo. // Debo vivir en la tristeza y el sufrimiento / para conocer la alegría / y morir y ser derrotado / antes de vencer // Cae la oscuridad, el tiempo / de la amargura cae. Caen / las horas del silencio. / Y el día sobrevive*.

Wáshington Delgado Tresierra nació el 26 de octubre de 1927 en Cuzco. A los cuatro años se traslada a Lima. En 1955 viaja a Madrid para completar sus estudios en Literatura. Le acompaña su primer poemario, *Formas de la ausencia*, que había sido merecedor del Premio Nacional de Poesía José Santos Chocano en la edición de 1952. De Madrid vuelve a Lima con un grupo de versos, *Canción española*, que nunca publicará de manera independiente (sus cuatro partes, “Alma”, “Paisaje”, “Arte” y “Memoria”, se hallan integrados en la reunión poética *Un mundo dividido*). El poemario *Canción española* da cabal noticia de la capacidad del poeta para impregnarse tanto de la literatura y de las formas poéticas peninsulares como —y esto es lo más importante— de la vida de aquellos años grises en la pobre y pacata España de los años cincuenta. *Empuña tu corazón / y aviéntate por el mundo*, dice el poeta en “Arte española”.

Otro poemario más ha iniciado en Madrid. Lo publica al poco de llegar a Lima. Su título es *Para vivir mañana* (1959). La preocupación de índole cívica inunda muchos de sus versos. Y la voz del gran César Vallejo se oye resonar con vivísimos ecos: *Los muertos cuentan*

monedas, medicinas, / hambres, amores, aventuras; / hablan, señalan, pegan: / ¿desde qué hondo número los gobierna la muerte? (“La primavera desciende sobre los muertos”).

Algunos años después, en 1965, aparece *Parque*, un delicado libro en que el poeta parece haber encontrado el momento para mirar el mundo desde el más emotivo y tembloroso lirismo. Incluso ha decidido iniciar el libro con un poema que es una expresa declaración de intenciones, “Poética”: *Describo el aire / porque en el aire vivo / y porque el sol me alumbra / el sol describo. // Mi voz cautivan / espinos y retamas / porque los vi de niño / y son mi infancia. // Amo la vida / y sus dones me llaman. / Dejo por testimonio / estas palabras*. La nitidez elocutiva y la calmosa elocuencia, y el poeta ya poseedor del tesoro que le vive dentro y de la felicidad que le posibilita nombrarlo.

Si *Parque* es el libro en que el poeta nombra a su paraíso más íntimo, *Tierra extranjera* (1968) es el contrapunto. En él se hallan el extrañamiento y el dolor del exiliado en la propia tierra. El poemario pasa a integrarse en *Destierro por vida* (1969). Y ahora, el conjunto, tenido como peso de entidad autónoma, como unidad plenamente decidida, adopta una nueva dimensión. El extrañamiento no sólo se resuelve en exilio de índole social o política, sino existencial. El poeta declara la pérdida, el empobrecimiento, la mutilación personal, se siente roto, fragmentado, ausente en un mundo que siente ajeno: *Apenas / si las cosas existen: / mis libros en el suelo, tibio el aire / encerrado y la luz escondida / en sus hilos de alambre* (“Canción del destierro”). Resulta significativo que al año siguiente, con ocasión de la publicación de la primera reunión de su poesía, elija un título, *Un mundo dividido* (1970), que está absolutamente acorde con esta perspectiva en la que el poeta, sin salir de su país, se siente desterrado por voluntad propia. El desarraigo no es fruto de una situación histórica dada, sino que se trata de una postura intelectual, moral, cívica. Resulta nuevamente significativo que en el volumen *Un mundo dividido*, junto a los libros que hasta entonces había publicado aparezca un título que había permanecido en el silencio, apartado de la impresión, hasta entonces inédito. Al título, *El extranjero*, le acompañan dos fechas límite, 1952-1956. Se trata, pues, de un poemario que había sido compuesto entre la obtención del Premio Nacional de Poesía José Santos Chocano y el primer año de estancia en Madrid. El título excusa ser comentado. Este libro, recuperado en el volumen de conjunto *Un mundo dividido*, vuelve a aparecer en el siguiente volumen antológico *Reunión elegida* (1988). *El extranjero* es un libro doloroso al cual el lector no puede acercarse sin estremecimiento. Sin embargo, el poeta es capaz de mostrar su interior, emotivo, inquietante, que, aunque consternado, está pleno de riquezas: *Las palabras poseen extraños abismos / por donde viaja la muerte. // Habría que alcanzar un silencio supremo / para que la vida brille, o el amor infinito* (“El silencio”).

Dieciocho años separan los volúmenes *Un mundo dividido* y *Reunión elegida*. El poeta ofrecía dos sucesivos recuentos de su producción. Hubo que esperar seis años más para que entregara un nuevo poemario, un poemario cuyo título es un asombro, *Historia de Artidoro* (1994), pues proclama una narración biográfica. ¿Quién es Artidoro? El poeta lo explica en una nota introductoria: “Hace quince años, acaso veinte, Artidoro nació simplemente como un nombre cuya sonoridad me atraía, no sé por qué. Pasado un tiempo intuí una nebulosa historia detrás de ese nombre”. El libro contiene, si no esa historia, sí, desde luego, el mundo interior de ese Artidoro que tal vez sea el mismo poeta. El poema que inicia el libro es, sin duda, punto de partida y corolario; y una doble afirmación, vital y poética: *El tiempo, el tiempo. El tiempo donde caen / flores, frutos, imperios / y no se salvan. El oscuro tiempo / donde los nombres brillan. / Entre el tiempo y los hombres / se levanta el poema* (“El amor de las palabras”). El poemario obtuvo el Premio Juan García Baca. Es el inmediatamente anterior a este que ahora se publica.

Cuán impunemente se está uno muerto es, en realidad, dos poemarios. Y no por las diferencias formales que el lector tendrá ante sí de manera patente —el verso libre para *Traslación de restos*, y los poemas en prosa para *Hombre en pie*—, sino porque ambos dan en

sus precisas y respectivas medidas una doble mirada, o, mejor, dos miradas de diversa índole que confluyen en una identidad. Para empezar, en ambas miradas está la huella indeleble del gran poeta César Vallejo, huella rotundamente proclamada en el título de todo el conjunto. *Cuán impunemente se está uno muerto* es un fragmento de uno de los versos de *Trilce* (Lima: Talleres Tipográficos de la Penitenciaría, 1922). César Abraham Vallejo Mendoza, el poeta nacido en Santiago de Chuco, contempla en el poema LXXV de *Trilce* el tiempo como una forma perfecta del dolor. Asegura que la conciencia del tiempo es la conciencia del dolor y, por tanto, la ignorancia del dolor —no ya del propio, sino también, y sobre todo, del ajeno— significa el desconocimiento del tiempo, una forma inútil y caprichosamente egoísta de inconsciencia, una forma de muerte en vida. El poema LXXV de *Trilce* se abre y se cierra con un verso escalofriante que a todos involucra y no deja lugar para la huida: *Todos estáis muertos*. Entre ese verso, escrito al principio y al final del poema, discurren cinco caudalosos versos en prosa. El que aquí interesa reseñar especialmente es el siguiente: *Mientras la onda va, mientras la onda viene, cuán impunemente se está uno muerto. Sólo cuando las aguas se quebrantan en los bordes enfrentados y se doblan y doblan, entonces os transfiguráis y creyendo morir, percibís la sexta cuerda que ya no es vuestra*. El hombre, mientras el tiempo va y el tiempo viene, mientras discurre sin conflicto, permanece alienado, está muerto. Sólo cuando las aguas del tiempo se enfrentan, desquiciando esa quietud en duermevela que es la indiferencia o la aturrida y falsa felicidad, es cuando aparece el sufrimiento, el dolor. Es entonces cuando el hombre, al creer morir, al tener ante sí a la muerte, percibe *la sexta cuerda*, una dimensión diferente construida de dolor y de conciencia de la muerte. La conciencia del tiempo, el dolor, el sufrimiento que conlleva, abre, entonces, una plenitud existencial, una plenitud compartible, porque es una identidad común a todos los hombres, que a todos los hombres pertenece.

Washington Delgado Tresierra proyecta la hiriente luz de ese concepto vallejiano —el tiempo como dolor, el tiempo como conciencia escalofriada del dolor— en las dos partes de su poemario. Por un lado, *Traslado de restos*, un homenaje íntimo y estremecido a César Vallejo, pero también la proclamación de esa conciencia hecha de dolor y que involucra un fe de vida, porque el dolor construye la vida del hombre consciente; por otro, *Hombre en pie*, un abigarrado ámbito poético en que el hombre vive la confusión, la desordenación de los días, cuantos símbolos fueron sido contruidos para pervertir la verdad. En definitiva, *Cuán impunemente se está uno muerto* presenta a un hombre que lucha, que se obstina por sobrevivir con la conciencia clara, con la mano serena, con el corazón tendido hacia los demás hombres.

OBRA POÉTICA DE WASHINGTON DELGADO TRESIERRA

Formas de la ausencia. Lima: Letras Peruanas, 1955.

Días del corazón. Lima: Cuadernos de Composición, 1957.

Para vivir mañana. Lima: Edición del Autor, 1959.

Parque. Chacabayo: La Rama Florida, 1965.

Tierra extranjera. Lima: Perú Joven, 1968.

Destierro por vida. Lima: Carlos Milla Batres, 1969.

Historia de Artidoro. Lima: Seglusa/Colmillo Blanco, 1994.

REUNIONES DE LA OBRA POÉTICA

Un mundo dividido, Poesía, 1951-1970. Lima: Casa de la Cultura del Perú, 1970.

Reunión elegida, 1951-1983. Lima: Seglusa, 1988.